

bres por hijos; en el precio que habéis dado para adquirirlos, se conoce bien que los amáis mucho y que son vuestros verdaderos hijos (1).» Espada formidable de la Justicia divina, pronta á descargar sobre nosotros el último golpe, ¡suspendeos! Divino Juez, revocad por favor la sentencia que vuestra justicia había pronunciado contra nosotros. Escuchad las tiernas súplicas de nuestra Madre, que os lo suplica encarecidamente. Vedla cómo al presenciar la muerte de su Hijo único, se inmola en El y con El, y nos da ese Hijo por precio de nuestra salvación (2).

Apaciguada con esta permuta, satisfecha con esta ofrenda, perdonadnos para siempre, confiadnos, vivos con la vida de la gracia, al amor maternal de María, que con tantas penas como ha sufrido, ha manifestado que Ella era nuestra verdadera Madre.

(1) Obsecro, Domine, date illi infantem... et nolite interficere eum (*Ibid.*, 26.)

(2) Date huic infantem vivum, et non occidatur: hæc est enim mater ejus. (*III Reg.*, III, 27.)

CAPITULO XI

El sacrificio de Isaac, ofrecido por su propio padre, es una figura del sacrificio de Jesucristo, ofrecido por María, su propia Madre. Explicación de esta bella figura en todas sus partes, y su aplicación al misterio del Calvario. Consecuencias morales de esta doctrina.

No podrá jamás admirarse suficientemente la magnanimidad y la tierna y profunda conmiseración de María sobre la triste suerte de los hijos de los hombres. Estos sentimientos obligaron á esta Madre de bondad á consentir generosamente en la inmolación del Hijo de sus entrañas para la redención de los hijos de su corazón. No debe, pues, parecernos extraño ni inconducente que San Buenaventura, como ya hemos dicho, aplique á María las palabras admirables que San Pablo escribió con relación al Padre eterno, á saber, QUE NO PERDONÓ Á SU HIJO ÚNICO, SINO QUE LO SACRIFICÓ POR LA SALVACIÓN DE TODOS (1). Hay ciertamente una diferencia inmensa, una distancia infinita entre el amor de Dios á los hombres y el amor de María; los dos, sin embargo, tienen un mismo principio y un mismo fin, supuesto que, habiendo penetrado el corazón de María, como hemos dicho, la misma caridad que había movido al Padre Eterno, la obligó á eje-

(1) Proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradivit, illum. (*Rom.*, VIII, 32.)

cutar este acto de una bondad inaudita é incomprendible.

Pero, no sin misterio, en el pasaje de San Pablo que San Buenaventura aplica con tanta razón á María, hablando el Apóstol del exceso de caridad que obligó á Dios Padre á sacrificar á Jesucristo por nuestra salvación, se valió de estas expresiones: NO PERDONÓ Á SU PROPIO HIJO (1). Estas expresiones tan enérgicas y tan tiernas al mismo tiempo, son las mismas que la Escritura usa hablando de Abraham después del sacrificio de Isaac; en efecto, á este santo Patriarca se dijo: TÚ NO HAS PERDONADO Á TU HIJO ÚNICO (2). Por consiguiente, al decir el Apóstol de Dios Padre lo que se dijo de Abraham, quiso darnos á entender que entre estas dos ofrendas, entre estos dos sacrificios existe una unión y una relación de sentimientos, así como hay en ellos una semejanza de expresiones; que el uno es la profecía y el otro la realidad, el uno la imagen y el otro el prototipo, el uno la copia y el otro el original, y que el sacrificio de Isaac es la figura del sacrificio de Jesucristo.

Y si Isaac sacrificado es la verdadera figura de Jesucristo, Abraham, que le sacrifica, es la figura verdadera de María. Aunque las palabras de San Pablo sean alusivas directamente al Padre Eterno, que parece figurado por Abraham, sin embargo, supuesto que María estuvo, como hemos visto, perfectamente unida con

(1) *Proprio Filio suo non peperit. (Rom., VIII, 32.)*

(2) *Non pepericisti filio tuo unigenito. (Genes., XXI, 16.)*

el deseo, con la voluntad y con el amor al Padre celestial en la donación que quisieron hacernos de su propio Hijo, y supuesto que esta noble criatura es como el representante y el vicario de Dios Padre, y que obra en la tierra de una manera visible lo que El quiere y obra invisiblemente en el cielo, no es dudoso que en Abraham, que no perdonó á su propio hijo, debemos reconocer, no sólo la figura de la generosidad invisible del corazón de Dios, sino también la de la generosidad visible del corazón de María. Además, supuesto que en el sacrificio de Abraham se trata de su obediencia, de su fe y de su prontitud en escuchar la voz de Dios, y que esto no es cierto literalmente sino en María, Abraham tiene, por consiguiente, más puntos de semejanza con esta Madre generosa, y es, con respecto á Ella, la figura más expresiva y más verdadera. Examinemos, pues, en sus circunstancias particulares esta bella figura, esta luminosa profecía, y veamos cómo se encuentra en ella indicado, no sólo el mérito de María en la ofrenda é inmolación de su Hijo para conformarse á los designios y á la voluntad de Dios, sino también su recompensa, supuesto que por este mérito se hizo nuestra Madre; y admiremos cómo, dos mil años antes de cumplirse el misterio que hemos explicado, se encuentra en Ella expreso y casi divinamente retratado.

Dios dice, en efecto, á Abraham: «Toma á tu hijo Isaac, á quien amas; ve con él á la tierra de la visión, y allí sacrifícamelo en holocausto perfecto sobre uno

de los montes que yo te mostraré (1).» Cada palabra de esta orden severa expresa, como observa San Ambrosio, una circunstancia nueva, que debe hacer más difícil y más doloroso el sacrificio exigido á este tierno padre, y pone su obediencia á una terrible prueba, porque pone su corazón en un tormento cruel. Se exige de él que sacrifique, no á una persona cualquiera, sino á su propio hijo (2); no á un hijo cualquiera, sino al que más ama y de quien es más amado (3). Esto no es suficiente aún: no se pide á Ismael, sino á Isaac; no al hijo de la esclava, sino al de la mujer libre; no al hijo de la naturaleza, sino al de la promesa; no al hijo de la condescendencia, sino al del mérito; al hijo que Abraham ha tenido milagrosamente de Sara, de quien no puede esperar tener otro; por consiguiente, á su primogénito, á su hijo único (4).

No sólo se exige que un padre quite la vida por sí mismo á su propio hijo, sino también que lo ofrezca en sacrificio; es decir, que después de haber visto con sus propios ojos expirar al hijo á quien haya degollado

(1) Tolle filium tuum... quem diligis Isaac; et vade in terram visionis; atque ibi offeres eum in holocaustum super unum montium quem monstravero tibi. (*Genes.*, xxii, 2.)

(2) Tolle filium tuum. (*Ibid.*)

(3) Quem diligis. (*Ibid.*)

(4) Non sinit otiosum esse affectum patris; a principio stimulat pietatis aculeis. Non satis putavit dixisse filium; adjungit quem diligis. Nec otiose addit nomen sancti, Isaac eum quem suscepisti de uxore unicum in senectute, tanquam fidei tuæ præmium; ex promissione Dei, non conjugis fœcunditate, ex qua alium sperare possis. (*S. Ambros.*, *De Abraham*, lib. i, 8.)

con su misma mano, le vea también consumido por el fuego, y que asista á toda esta lúgubre ceremonia hasta tanto que el holocausto esté enteramente consumado (1). ¡Mandamiento terrible, prueba delicada, precio funesto! dice San Amadeo. El espíritu de Abraham se turba, sus entrañas se conmueven y su corazón se hiela de espanto (2). Sin embargo, su fe no cede á una prueba tan dura, su obediencia á Dios no se desmiente ni su fortaleza vacila. El siente todo el dolor del sacrificio, pero no lo rehusa; cuanto más duro es el mandato, tanto más pronta es la obediencia (3).

En el templo da Dios igualmente á María una orden semejante por boca de Simeón. Los decretos de Dios, le dice éste, destinan á vuestro Hijo, que veis aquí, á la contradicción y á la muerte. Vos misma, ¡oh Madre! Vos debéis criarle para este fin doloroso, Vos debéis acompañarle al sacrificio, Vos debéis ser la espectadora de su muerte, y el cuchillo que le arrancará la vida atravesará vuestro corazón con un agudo dolor (4). Sin embargo, á una noticia tan sensible para el corazón de una tierna madre, María inclina su frente, se resigna, se somete, y principia á mirar á su Hijo

(1) Offeres eum in holocaustum. (*Genes.*, xxii, 2.)

(2) Spiritu passus est Abraham, quando jussus Isaac paterno pertentabatur affectu, et ab suis visceribus pietate nati movebatur. (*S. Amad.*)

(3) Agebat tamén nihilominus injuctum opus, impinger executor. (*Ibid.*)

(4) Ecce possitus est in signum cui contradicetur; et tuam ipsius animam doloris gladius pertransibit. (*S. Luc.*, ii, 34.)

como una víctima, y lo educa sólo para el Calvario.

Desde el momento en que se mandó el sacrificio de Abraham hasta el de su ejecución pasaron tres días. Por espacio de estos tres días la imaginación de Abraham retrocede continuamente, espantada ante el pensamiento de que muy pronto va á verse privado de una vida tan preciosa, de un objeto tan amado. Isaac morirá en un momento sobre el altar, pero Abraham muere á cada momento en su corazón. El no puede mirarle ni pensar en él sin sentir su corazón desgarrado por la consideración de que él mismo debe dar la muerte al hijo á quien dió la vida. Treinta y tres años pasaron desde la predicción hecha solemnemente á María del sacrificio de Jesucristo hasta su consumación, y durante todo este tiempo el corazón de María está herido incesantemente por la espada de dolor que debe un día, al inmolar al Hijo, atravesar también á María.

El dolor de Abraham crece á medida que ve acercarse el momento fatal en que debe poner fin á la vida de Isaac. Mas este acrecentamiento de dolor no hace otra cosa que aumentar la docilidad de su voluntad y la generosidad de su obediencia. Cuanto más afligido se siente, más prisa se da á cortar la leña y hacer por sí mismo los tristes preparativos del sacrificio (1).

El martirio de María se hace cada vez más intenso, á medida que Jesucristo crece en edad y se aproxima al Calvario. Mas el deseo de ver consumado cuanto antes el holocausto de su Hijo se hace tanto más vivo

(1) Cum concidisset ligna. (*Genes.*, **xxii**, 3.)

de día en día, cuanto más agudo se hace su dolor. Durante la gloriosa predicación de Jesucristo, permanece oculta en Nazaret; mas cuando su Hijo va á Jerusalén para ser allí crucificado, abandona su soledad, y camina en pos de El para no abandonarle hasta después de haberle visto ofrecido en el altar de la cruz á la justicia de Dios, por la salvación del mundo.

Cuanto más se profundiza en esta figura misteriosa, más luminosos se hacen los rasgos de semejanza con el objeto figurado. ¿Y cómo es posible acordarse de Isaac llevando sobre sus hombros la leña sobre que debe ser colocado, sin pensar en Jesucristo llevando también sobre sus hombros el leño de la cruz, al que debe ser enclavado? ¿Cómo es posible acordarse de Abraham que, lleno de fe, aunque inundado de amargura, sigue á su hijo, encorvado bajo el peso de la leña y acercándose lentamente á la cumbre del monte Moria, sin pensar en María, que, penetrada de la idea de los misterios más sublimes y sumergida en su dolor, triste y animosa, sensible y fuerte, resignada y llorosa, sigue á su Hijo, abrumado bajo el peso de su cruz y subiéndolo con mucho trabajo á la cumbre del Calvario? ¿Qué más puede decirse? El lugar de los dos sacrificios es el mismo, porque el monte Moria indicado á Abraham para la inmólación de Isaac, es una vasta montaña, dividida en colinas, una de las cuales es precisamente el Calvario, lugar indicado á María para la crucifixión de Jesucristo. Este es también el lugar, y sea dicho de paso, en el que, según la tradi-